

El problema del acceso a los libros de caballerías

Daniel Eisenberg

No hay, dentro de la literatura castellana, género tan popular en su día, y en la actualidad tan inaccesible, como lo son los libros de caballerías. En el siglo XVI--¿es necesario recordarlo?--los libros de caballerías eran la diversión de todas las clases sociales que podían tener contacto con ellos, desde el rey hasta los campesinos. Su popularidad e influjo no se pueden poner en tela de juicio. Para repasar brevemente: los leía Carlos V, a cuya petición se escribió uno (la continuación de *Belianís de Grecia*), y se celebraron sonadas fiestas caballerescas; los cortesanos siguieron su modelo. Eran lecturas favoritas de Loyola, de Teresa de Cepeda y su madre, y de los aventureros que viajaban al nuevo mundo.

Tan populares llegaron a ser que alcanzaron la prohibición. (Sólo se prohíbe lo atractivo.) Para no contaminar a los supuestamente puros indígenas, se vedó su exportación a América, aunque gracias a registros de navíos estudiados por Irving Leonard sabemos que este veto no se cumplía. Durante el reinado de Felipe II, de genio tan diferente de el de su padre, y cuyo rechazo de las diversiones caballerescas era total, los nuevos títulos sólo podían aparecer fuera de Castilla, desde donde se importaban. En Madrid ningún editor se atrevió a publicar ninguno, ni nuevo ni viejo; se publicaban en Alcalá de Henares.

Estos popularísimos libros constituyeron el primer género literario castellano. Cervantes, otro gran entusiasta en un momento, lo reconocía plenamente. La novela "picaresca" es una respuesta. La novela nació en Castilla, con los libros de caballerías. Merecen nuestra atención, y pueden todavía proporcionar gusto.

Lo que no se suele recordar es la extensión del género. *Amadís de Gaula* es sólo el inicio de una ola de textos, y en ciertos aspectos no es representativo. En la primera guía y

tratado crítico de estas novelas, *Don Quijote*, aparecen nombrados, además de *Amadís de Gaula*, las *Sergas de Esplandián*, *Amadís de Grecia*, *Rogel de Grecia*, el *Caballero del Febo* o *Espejo de príncipes*, *Belianís de Grecia*, *Felixmarte de Hircania*, *Cirongilio de Tracia*, *Olivante de Laura*, el *Caballero de la Cruz* o *Lepolemo*, *Palmerín de Olivia*, y *Platir*, además de una traducción del portugués, *Palmerín de Inglaterra*, y el catalán *Tirant lo blanc*, que Cervantes tomó equivocadamente por castellano. Hay alusiones a otros, como las obras de Feliciano de Silva, y detalles, como la torre navegante citada por el canónigo de Toledo, tomados de libros que no figuran en esta lista.

Pero hay muchos libros que Cervantes no nombró, cuyos vínculos con *Don Quijote*, si es que los hubo, no han sido estudiados. Seguimos descubriendo nuevos textos hasta ahora, en los 90, y no podemos dar una cifra segura, pero nos consta la existencia de unos treinta títulos. De varios de ellos hay múltiples continuaciones, con títulos diferentes: sólo del *Amadís*, hubo ocho continuaciones. Total, entre originales y continuaciones, unos cincuenta libros. Cada uno tiene aproximadamente la extensión de la primera parte de *Don Quijote*, cuya división interna en cuatro partes imita la estructura más frecuente de estos libros. Constituyen, como dijo don Quijote, un *mare magnum*; y así permanecen, poco conocidos, poco leídos, medio o del todo inaccesibles.

La mano muerta de Cervantes

Cervantes nos dice, al principio, en medio y al final de la Primera Parte de *Don Quijote*, que su propósito era acabar con la lectura de los libros de caballerías. Aunque es una afirmación controvertida, porque *Don Quijote* logró otras cosas y desde nuestra perspectiva actual no se describe adecuadamente como un ataque al género, acepto las repetidas declaraciones de Cervantes al pie de la letra. Sobre todo ello disertó largamente en mi *La interpretación cervantina del "Quijote"*, traducido por Isabel Verdaguer y en prensa de la madrileña Compañía Literaria.

Lo que no se puede discutir es el influjo aplastante de Cervantes sobre dichos libros. El último título nuevo, *Policisne de Boecia*, apareció en 1602. Después de 1605 no se publicó ninguna obra nueva, y la única reimpresión (*Espejo de príncipes*,

Zaragoza, 1617-23) es en parte una respuesta al rechazo de Zaragoza en la Segunda Parte de *Don Quijote*. Muere con ellos *Don Quijote* y cuando vuelve a nacer, en el siglo XVIII, renace el interés por los libros de caballerías. Pero se limita a los libros elogiados en *Don Quijote*: *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra*, y, por motivos muy diferentes, *Tirante el blanco*. Los libros de caballerías del autor más rotundamente condenado, Feliciano de Silva, el predilecto del loco manchego, no han podido editarse jamás, en casi 500 años. Cervantes estaría contento, sin duda, de ver cómo ha logrado su propósito.

¿Pudo Cervantes equivocarse?

¿Queremos aceptar todavía los parámetros cervantinos que han gobernado la visión castellana de su propia innovación? ¿Hay que guardar, todavía, los libros de caballerías en un pozo seco? ¿Fue Cervantes un dios infalible, o tuvo tantas cegueras como cualquiera de nosotros?

Aunque Cervantes quería impedirnos la lectura de las obras de Feliciano de Silva, por ejemplo, es legítimo preguntarnos qué validez tienen, en la actualidad, sus opiniones. Hoy en día nadie va a tomar ninguno de estos libros por una obra histórica. Su lectura no causará el olvido de las ya muy olvidadas hazañas genuinas de los españoles. No creo que puedan contribuir a la lascivia de los jóvenes, ni al abandono de mujeres embarazadas. Hay obras mucho más eróticas en cualquier kiosco.

Y lo raro, según apuntan varios cervantistas, son los conocimientos profundos, de parte del manco sano, de este género de cuya lectura quiso privarnos. Él mismo, por los conocimientos que muestra él y sólo él en sus obras, había leído muchísimos de estos libros supuestamente tan deleznable. Muy posiblemente fue el mayor aficionado a ellos de todos los tiempos. Cervantes dice una cosa y hace otra. Eran la lectura preferida, al menos en un tiempo, del hombre que iba a escribir la obra cumbre de la literatura española.

Títulos perdidos

El curioso, el investigador, el lector culto o el estudioso de Cervantes que quiera conocer estos libros en la profundidad

que el género merece, se enfrenta con una situación harto problemática. Leídos y releídos hasta deshacerse las páginas--existen muchos ejemplares deteriorados--, deshechos, quemados en la hoguera, mal guardados, han sobrevivido pocos ejemplares.

Al menos tres libros, *horribile dictu*, han desaparecido del todo; se trata de *Leoneo de Hungría*, *Lucidante de Tracia* y *Leonís de Grecia*, conocidos sólo por el catálogo de Fernando Colón, hijo del navegante y gran coleccionista de libros impresos, y por el de la biblioteca del duque de Calabria. No hay noticia a estos libros posterior a 1550. Hay un cuarto, *Taurismundo*, que no se ha vuelto a ver desde la mitad del siglo pasado. Es muy posible que hubiera otros de los cuales no ha sobrevivido ni el título.

Los textos editados y publicados

Dejando aparte estos textos desaparecidos, sobrevive la mayor parte, menos mal. Pero el acceso a la mayoría de ellos es muy difícil. En las librerías no se suele encontrar sino *Amadís de Gaula*, lógico punto de partida. Hay varias ediciones fácilmente disponibles de éste. La más recomendable es la de Juan Manuel Cacho Blecua, aunque en opinión de Alberto Blecua todavía estamos lejos de una edición crítica de la obra, cuyos problemas textuales son complejos. En algunas librerías se puede encontrar el último gran éxito comercial del género, la Primera Parte del *Espejo de príncipes y caballeros*, en la edición que publiqué en la serie Clásicos Castellanos.

Pero a partir de ahí las cosas se deterioran mucho. Giuseppe di Stefano publicó una edición de *Palmerín de Olivia* en Pisa en 1966. Sus 500 ejemplares están completamente agotados, y existe sólo en las grandes bibliotecas, y no en todas ellas. Para las *Sergas de Esplandián* hay que recurrir a la edición de 1857 [sic], de Pascual de Gayangos, en la Biblioteca de Autores Españoles, reimpresa varias veces, de fácil acceso pero hoy deficiente; otra está en prensa en la colección Castro de Editorial Turner. Una reproducción en facsímile de *Claribalte*, la primera novela americana, apareció en 1956. Se han publicado unos libros secundarios: una edición de *Rosián de Castilla* apareció en 1979, y se publicó por primera vez *Adramón*, en 1992. En 1879, una edición fragmentaria de *Clarisel de las Flores*,

hoy en sí una rareza; pero aparte de este fragmento, *Clarisel* sigue inédito.

Y con estos títulos se acaba la lista de los publicados desde el siglo XVII. En cuanto a los demás, que incluyen obras fundamentales además de textos cuyos atractivos no conocemos, porque no se han leído desde hace casi medio milenio, hay dos alternativas, a cuál más problemática: las ediciones originales, y las tesis que incorporan ediciones.

El microfilme o fotocopia de una edición gótica

Gracias a la fotografía y más recientemente a la fotocopia, no tenemos que desplazarnos a Viena, Londres o incluso San Petersburgo para leer, en horarios restringidos y en condiciones e iluminación inadecuadas, textos que sólo se conservan fuera de España. Ni hay que ir a la Biblioteca Nacional o a la de Catalunya. Se pueden encargar copias, que se cobran a unas 25 pesetas la toma. No es una solución ideal. El servicio puede ser lento, algunas bibliotecas no sirven microfilmes y otras no sirven fotocopias; el pago en divisas es complicado y costoso, y las sucesivas reproducciones sacadas de un mismo ejemplar pueden dañarlo: con mis propios ojos, he visto cómo los clips del fotógrafo cortaban las páginas del ejemplar de la Biblioteca Nacional de la primera edición conocida de *Belianís de Grecia*. Algunas bibliotecas, como la de la neoyorquina Hispanic Society of America, mantienen micros maestros, de los que sacan repetidas copias a precios asequibles, sin repetir el riesgo que corre el ejemplar cada vez que se fotografía. Una casa comercial (Norman Ross Publishing, 330 West 58th St., New York, NY 10019, EE.UU.), tiene a la venta reproducciones en microfilme de muchos libros de caballerías de la Biblioteca Nacional de Madrid. (Pida detalles de la serie "Iberian and Latin American Books before 1701".) En la nueva bibliografía que ultimamos María Carmen Marín Pina y yo, están detalladas todas las reproducciones disponibles en bibliotecas.

La existencia de microfilmes y fotocopias, comparada con la situación de hace un siglo cuando no los hubo, es un gran adelanto. Una ventaja muy significativa es que la existencia de una copia de un ejemplar único es una medida hacia su conservación del fuego o del extravío, riesgos que no han desaparecido. Y con un cierto gasto, y con cierta incomodidad,

al menos se pueden leer estos libros. Pero no es frecuente disponer de un lector de microfilmes fuera de las bibliotecas universitarias, y el contraste en la página es a veces deficiente. La lectura es lenta y penosa aun para el especialista; para el público sin instrucción, estos libros son ilegibles. La ortografía de muchas palabras es diferente, la puntuación y el uso de mayúsculas son inadecuados y caóticos, no hay acentos o no siguen el uso actual, se emplean abreviaturas desconocidas en la escritura actual, y no hay divisiones en párrafos ni indicación del discurso directo; cada capítulo es un párrafo. Por fin, en la letra llamada "gótica", usada con preferencia en estos libros por su carácter medievalizante, las formas mismas de las letras son difíciles de distinguir rápidamente, por algo se dejó de usarla a mediados del siglo XVI.

Con todas estas trabas, la lectura de estos libros de caballerías es lenta, aun salvando las dificultades. Esta forma de publicación fue adecuada para una época en que un viaje de Madrid a Sevilla duraba una semana, y al Nuevo Mundo muchas. Con tiempo y sobra, sin prisa, con pocas diversiones, resultaba adecuada. En fin, no había otra. Pero hoy día, los libros disponibles en esta forma son accesibles sólo a especialistas, a filólogos, y aun a nosotros nos falta tiempo. Desde 1605 se han publicado muchísimos otros libros que también piden nuestra atención profesional y personal. Y el que nunca fuera al cine o viera la televisión, sería un pájaro muy raro.

Las ediciones de libros de caballerías como tesis o tesina

La edición de un texto clásico es una tarea muy recomendable para el doctorando. Hay que adentrarse a la fuerza en la lengua, el pensamiento, los estilos narrativos de una época. Es una disciplina maravillosa. Un texto llega a ser, en algún sentido, "suyo", los nombres de editor y texto para siempre unidos. Es un trabajo en sí mismo meritorio y virtuoso, además de educativo. Que se hagan más ediciones de textos clásicos. Pero que se examinen las varias ediciones existentes de la obra antes de editarla, caso de existir más de una, y que no se transcriba simplemente la más fácilmente disponible, como han hecho algunos.

Aunque no me propuse ser innovador--¿qué sabía yo entonces de estilos de tesis?--fui el primero en editar un libro de

caballerías como tesis doctoral, el ya aludido *Espejo de príncipes*, en Brown University en 1969. Poco después, James Ray Green, Jr., editó *Cirongilio de Tracia* (Johns Hopkins, 1974); Mary Lee Cozad *Lidamarte de Armenia* (Berkeley, 1976), y Dennis Nazak las *Sergas de Esplandián* (Northwestern, 1976). Y desde entonces ha llegado una verdadera ola de tesis-ediciones.

Dos paladines en la materia, Pedro M. Cátedra en Salamanca y Juan Manuel Cacho Blecua en Zaragoza, tienen una serie de estudiantes que han trabajado o que actualmente trabajan en ediciones.

El acceso a las tesis y tesinas

La tesis, aun hecha en máquina de escribir mecánica, es siempre más legible que una edición gótica. Está correctamente acentuada y puntuada, con ortografía parcial o totalmente modernizada, y con letra más legible. Lleva también una introducción y, por lo general, unas notas explicativas.

Hay países en los cuales las tesis obligatoriamente se publican, a costa del interesado. No es el caso de aquellos en los cuales se han editado libros de caballerías españoles, principalmente España y los Estados Unidos. En éstos, se hacen de tres a cinco ejemplares, para el tribunal, para el archivo o biblioteca de la facultad y para el flamante doctor. Estos ejemplares no suelen salir de donde llegan a parar.

Una casa comercial en los Estados Unidos, University Microfilms International, ofrece un servicio de reproducción de tesis. Poco a poco, las varias universidades norteamericanas han hecho contratos con esta casa, y ahora todas las tesis y algunas tesinas leídas en universidades norteamericanas (con unas pocas excepciones en las ciencias, por intereses comerciales) están disponibles por este conducto. El precio fijo, en el momento de escribir estas líneas, es \$55 (unas 7000 pesetas) en rústica, y algo menos en película.

Otra vez nos enfrentamos con un adelanto que hay que aplaudir, pero que es muy parcial. Estas tesis que se pueden comprar, ¿quiénes las compran de hecho? ¿en qué bibliotecas figuran? Durante los cinco años que pasaron entre la lectura de mi edición del *Espejo de príncipes* y su publicación en la serie Clásicos Castellanos, University Microfilms International vendió un solo ejemplar (a Berkeley). Precisamente porque

están a la venta, ninguna biblioteca las compra rutinariamente. ¿Y en el momento en que el estudiante lo necesita? “Muy bien, que lo compre él.” Vaya Ud. a la Biblioteca Nacional y pida que adquieran la edición de *Cirongilio de Tracia* hecha como tesis en los EE.UU. Si no se le ríen en las barbas, es por cortesía.

Y hay un prejuicio contra las tesis sólo disponibles por este conducto. Si valiera algo, se piensa, se habría publicado realmente; si no se ha publicado, no ha merecido publicarse, y entonces, ¿para qué vamos a gastar nuestros fondos en adquirirla?

Tesis inaccesibles

Para acabar este triste panorama de la suerte actual de los libros de caballerías castellanos, las tesis y tesinas no disponibles de la casa University Microfilms International tienen que buscarse a través de contactos personales, traslados a la universidad donde se leyó o simplemente no se consiguen. A mí me espanta la inaccesibilidad de ciertas tesis. Puede resultar más fácil conseguir una copia de la edición gótica del siglo dieciséis. Hay tesis cuya lectura está ¡prohibida! Hay tesis que no se pueden fotocopiar. Otras no figuran en ninguna biblioteca pública o universitaria, ni en las de las facultades donde se leyeron. Hay tesis teóricamente publicadas en microfichas, pero que no se consiguen.

Citaré algunos ejemplos concretos, que podría multiplicar. Si no fuera por la cortesía de Klaus Wagner, miembro del tribunal, y por la casualidad de topar con ella en los estantes de su despacho, no hubiera podido leer la tesis de María Isabel Romero Tabares sobre *Don Silves de la Selva*. Se dice que fue publicada por la Editorial de la Universidad de Sevilla, pero llamándola, negaron tener noticia de ella, y mucho menos existencias. No existe, que yo sepa, ejemplar de esta tesis a este lado del Atlántico, ni conozco manera de conseguirla. No pude ni hojear la tesis hecha sobre Diego de Haedo en la Universidad de Barcelona sin previamente localizar al autor, Mohammed Mounir Salah, en Argel. Lilia F. de Orduna leyó como tesis la edición de *Belianís de Grecia*, en la Universidad de Buenos Aires en 1984. *Belianís* es un libro fundamental: influyó decisivamente en la corte de Carlos V y fue predilecto de Don Quijote, quien pensó escribir una continuación. Pero hasta la fecha no he

podido ver la edición de la doctora Orduna, a pesar de mis múltiples esfuerzos, a lo largo de 11 años.

Quisiera llamar la atención a los lectores de este artículo que han leído tesis y tesinas a una oferta. University Microfilms International (300 North Zeeb Road, Ann Arbor, Michigan 48106, EE.UU.), por \$50 (unas 6000 pesetas) se dispone a microfilmear y poner a la venta, y pagar derechos sobre las ventas, a cualquier tesis o tesina leída y aprobada, en cualquier lengua y en cualquier universidad del mundo. No importa cuándo, ni si ha sido publicada en otra forma. Las reciben directamente de los autores.

El remedio: la publicación de las ediciones modernas

Pero esto es aplicar esparadrapos. La única manera de salvar bien estas dificultades, es publicar ediciones de estos libros. La edición publicada, en centenares o miles de ejemplares, llega a las librerías y a las bibliotecas. Ya existen en el momento en que el erudito, el estudiante o el aficionado a la caballería las quiera consultar. Se leen con facilidad y el asesor de la editorial, si cumple con su deber, verifica que la edición está correctamente hecha.

El problema es, naturalmente, el negocio. ¿Se pueden vender los ejemplares necesarios para sufrir los gastos? ¿Existe un ángel para costear la impresión? Al menos, me parece posiblemente viable. A esta quijotesca empresa, la publicación de ediciones de estos y otros libros del XVI, me propongo dedicarme.